

siguiéndolo o metiéndolo por entre los laberintos de la intriga política española del siglo XIX. Cada día es menor la cantidad de acción que en los libros de Baroja cabe a ese hombre de acción. En este libro (1), por ejemplo, Aviraneta es sólo un hombre que escucha, que oye las confidencias de Jesús López del Castillo, confidente audaz (*confidens audax*), quien le narra su vida y sus correrías por las trastiendas de la conspiración política, como también sus intimidades familiares y domésticas.

«En la cara afilada, la nariz de López del Castillo daba la impresión de ser traslúcida. Su fisonomía aguda parecía que por todos lados se veía de perfil. Con frecuencia pasaba el dedo anular por el borde de su nariz como si lo estuviera reconociendo. Iba bastante bien vestido, con un traje gris a la inglesa; llevaba zapatos y polainas. Su natural elegancia le daba aire de distinción... Se hubiera pensado que en aquel cuerpo pálido, delgado, no debía de haber una gota de sangre. Además de ser exangüe y sin nervios parecía tener aviesa intención, como un Pierrot malévol o un pelele irónico endiablado.

Tal es el confidente audaz. Este y aquél señor pequeño, delgado, de tipo aguileño, con la mirada extraviada, vestido de negro, embozado en la clásica capa española y con sombrero alto y redondo.»

retrato en el que los lectores reconocerán a don Eugenio de Aviraneta, se entienden bien; ambos son confidentes audaces, aunque el primero sea un confidente activo y el segundo uno ya pasivo.

La vida de Jesús López del Castillo no es extraordinariamente inte-

resante y la narración de ella se oye con amabilidad o se lee con benevolencia. La cuenta Pío Baroja y esto es ya bastante. Con algunos libros de Baroja sucede eso: se leen más por ser él el autor que por el libro mismo y sus errores o su falta de interés se disculpan o no se echan de ver, gracias a la simpatía que el autor inspira. Por otra parte, al leer un libro suyo se le está viendo siempre, se recuerda su carácter, su fisonomía espiritual, sus súbitos apasionamientos, sus ironías, sus amarguras, y se espera que en cada página aparezca tal como se le quiere o tal como se le admira. A veces tarda mucho en aparecer, pero cuando lo hace, el lector da por bien gastado el tiempo: Pío Baroja continúa lo mismo. Es una personalidad que está por encima de la literatura.—*M. R.*

ENSAYOS

LA EMOTIVIDAD EN LA VIDA Y EN EL ARTE, por *Juan Andueza L.*—Publicación de los «Anales de la Universidad de Chile».—Santiago, 1931.

El distinguido profesor de Medicina Legal del Curso Fiscal de Leyes de Valparaíso don Juan Andueza, en medio de sus tareas profesionales, ha tenido el tiempo necesario para dedicar algunas horas de estudio a los problemas que bajo el aspecto de la medicina legal, pueden presentar los caracteres de los artistas. Sin hacer una revisión prolija, con el propósito tan sólo de ilustrar a sus oyentes (se trata de una con-

(1) Espasa-Calpe. Madrid.—1931.

ferencia) el señor Andueza ha expuesto en algunas páginas breves y substanciales ciertos aspectos de la emotividad de que han padecido casi todos los artistas más calificados. Es claro que el tema a fuer de interesante puede tornarse peligroso. Entre tratar de las perturbaciones emotivas de los artistas y tratar de las perturbaciones funcionales hay sólo un trecho angosto y entonces caeríamos en todas las disquisiciones científicas, a que nos han acostumbrado Sergi, Nordau, Delmas y otros demoleadores del arte en nombre de la ciencia.

El autor ha oteado muy bien el peligro y no ha caído en él. Se limita tan sólo a resumir y exponer con sencilla y clara concisión, ciertos aspectos de la emotividad en la vida de los artistas, refiriéndose para esto a las propias memorias y al testimonio de los contemporáneos. Su conferencia es una especie de invitación al estudio hecha en forma atrayente, por quien ya ha estudiado su tema y tiene sobre el nociones precisas y claras. No podemos decir que verdaderas. Acaso en esta materia, como en todas las ramas del pensamiento humano, la verdad sólo sea una ilusión más de nuestros espíritus, eternos ilusionados.—A. V. A.

GOG, por *Giovanni Papini*.—Traducción y prólogo de Mario Verdguer (1).

Con el escritor italiano, pasa algo similar que con la figura del rey merovingio. Sólo se conserva en la memoria su actitud humilde en el

bautizo en que el oficiante le solicitó que quemara lo que había adorado y adorara lo que había quemado. Así Papini, en un perpetuo gesto de rebelión, de sumisión y también de independencia.

De sus tiempos de ateo completo y de demoleador filosófico, quedan tantas muestras: *Hombre acabado*, *El crepúsculo de los filósofos*, *El piloto ciego* y toda la campaña del *Leonardo* en que junto con Prezzolini, puso una vibrante nota de inquietud en las ideas de la juventud italiana de comienzos de este siglo, amén de otros libros y folletos; de su ruidosa conversión católica, la *Historia de Cristo*, *San Agustín*; de este tiempo actual, su furibundo panfleto anti-actualista *Gog*.

Si quisiéramos caracterizar lo que mueve la pluma de Gog, ese monstruo, millonario, ridículo y a ratos genial, nos encontraríamos en el fondo con que sólo siente el más profundo, el más sincero desprecio por este instante en que vivimos. Se ha querido ver en Gog, una contraposición del espíritu humano que quiere progreso, mejoramiento, elevación, luz. Gog, representa la parte negativa, el resto de antropopitecus que llevamos en el fondo, la regresión bestial hacia un primitivismo decepcionado a fuerza de refinamientos y de desilusiones. En suma lo que los espíritus religiosos con acendrada buena fe llaman el Anticristo. Pero este Anticristo, negociante en Chicago, contrabandista, vicioso, fantástico y desprendido, no puede seducir a los hombres, ni puede aspirar, creemos muy firme-

(1) Editorial Apolo. Barcelona, 1931.